



ZABALTEGI-TABAKALEIA
FESTIVAL DE SAN SEBASTIÁN
2018

AN ELEPHANT SITTING STILL

UNA PELÍCULA DE
HUIBO



capricci

AN ELEPHANT SITTING STILL

UNA PELÍCULA DE HU BO



DISTRIBUCIÓN

CAPRICCI CINE

Ronda Universidad 15

1o 1a 08007 Barcelona

93 015 65 30

contacto@capriccicine.es

[HTTP://WWW.CAPRICCICINE.ES/](http://www.capriccicine.es/)

PROGRAMACIÓN Y PRENSA

DIANA SANTAMARIA

615 16 45 66

diana.santamaria@capriccicine.es

MATERIAL PRENSA Y FOTOS DESCARGABLES EN

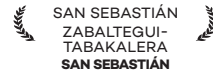
[HTTP://WWW.CAPRICCICINE.ES/](http://www.capriccicine.es/)

ESTRENO EL 3 DE MAYO

PREMIOS EN FESTIVALES



FESTIVALES ESPAÑOLES



2018 – CHINA – 3H54 – 1.85 – 5.1. – COLOR

EQUIPO ARTÍSTICO

PENG Yuchang WEI Bu, el adolescente
ZHANG Yu YU Cheng, el hermano mayor
WANG Yuwen HUANG Ling, la adolescente
LIU Congxi WANG Jin, el abuelo

EQUIPO TÉCNICO

DIRECCIÓN
GUIÓN
MONTAJE HU Bo
FOTOGRAFÍA FAN Chao
SONIDO REN Yiming
MÚSICA HUA Lun
DIRECCIÓN ARTÍSTICA XIE Lijia
MEZCLA DE SONIDO BAI Ruizhou





SINOPSIS **13**

NOTA DEL DIRECTOR **15**

BIOGRAFÍA DEL DIRECTOR **16**

«*AN ELEPHANT SITTING STILL*»,
UN CUENTO DE HU BO **21**

ENTREVISTA CON HU BO **47**



«Escribo estas palabras desde el hotel donde conocí a Hu Bo. Recibo un sinfín de candidaturas de aprendices de cineasta chinos que desean participar en el taller que dirijo en el festival de Xining. Pero cuando lo conocí, de inmediato supe que tenía algo.

Era alguien muy digno. Su mirada revelaba una fuerte personalidad poco común. Tenía una verdadera visión del mundo. En el trabajo, era una persona muy reflexiva y amable. Escuchaba a todos y prestaba suma atención a los detalles.

Era un hombre impaciente, con una perpetua urgencia. Tal vez sabía que le quedaba poco tiempo... Hacía lo posible por conseguir lo que quería sin tener que esperar.

No aceptaba el mundo y el mundo no lo aceptaba a él.

Hemos perdido a un cineasta de gran talento, pero su película permanecerá con nosotros para siempre.»

– BÉLA TARR
XINING, CHINA
JULIO 2018



Al norte de China, una enorme ciudad posindustrial está sumida en una niebla perpetua que atrapa a sus habitantes. Una mañana, un simple altercado entre dos adolescentes de un instituto va a forjar el destino de cuatro individuos, víctimas del egoísmo familiar y de la violencia social. Lo único que comparten es la misma obsesión recurrente: huir hacia la ciudad de Manzhouli, donde según dicen, un elefante de circo permanece sentado durante horas, inmóvil, impasible, ajeno a los problemas del mundo.



«PENSABA QUE EN LA BELLEZA DEL MUNDO HABÍA UN SECRETO ESCONDIDO. PENSABA QUE, PARA QUE EL CORAZÓN DEL MUNDO LATIERA, HABÍA QUE PAGAR UN PRECIO TERRIBLE Y QUE EL SUFRIMIENTO DEL MUNDO Y SU BELLEZA AVANZABAN GUARDANDO ENTRE SÍ UNA RELACIÓN DE JUSTICIA DIVERGENTE, Y QUE, EN ESTE ABISMAL DÉFICIT, LA SANGRE DE LAS MULTITUDES PODRÍA SER EL PRECIO ÚLTIMO PARA LA VISIÓN DE UNA SOLA FLOR.»

Esta cita de Cormac McCarthy evoca el asunto del que habla mi película. En nuestra época, cada vez resulta más difícil tener fe, aunque sea en la cosa más ínfima, y la frustración que de ello resulta se ha convertido en la característica de nuestras sociedades. El filme transforma unas vidas atrapadas en la rutina cotidiana en mitos individuales. Al final, cada cual deberá hacer el duelo de aquello que más aprecia.

– BIOGRAFÍA DEL DIRECTOR

Nacido en China en 1988, Hu Bo obtiene su diploma de dirección cinematográfica en la Academia de Cine de Pekín en 2014. Por su cortometraje *Distant Father*, le conceden en 2014 el premio al mejor director en el Golden Koala Chinese Film Festival, y ese mismo año *Night Runner* es nominado al premio al mejor cortometraje en los Golden Horse de Taipéi. En 2017 Hu Bo participa en un taller bajo la supervisión de Béla Tarr en el Festival Internacional de Cine FIRST en China, durante el cual realizará el cortometraje *A Man in the Well*. Hu Bo es también autor de un libro de cuentos, *Huge Crack* (que precisamente contiene el relato «An Elephant Sitting Still»), así como de una novela, *Bullfrog*, ambos publicados en 2017. *An Elephant Sitting Still*, su primer largometraje, se estrena mundialmente en el Forum de la Berlinale en 2018, donde consigue la mención especial a la mejor opera prima y se lleva el premio FIPRESCI. En los meses siguientes, con una trayectoria impecable en el circuito de festivales internacional, la película cosecha numerosos premios del público en diferentes certámenes. La *première* española del film se produce en el Festival de San Sebastián, en la competición Zabaltegui-Tabakalera.

Hu Bo se suicida al poco de haber terminado la posproducción de su largometraje.





«¿Has leído *Jérôme*, de Jean-Pierre Martinet? Es una novela que todavía solo celebran unos *happy few*. Estoy convencido de que esta cinta, que corre el riesgo de caer en el olvido, habría emocionado a Jean-Pierre.

Si François Villon, Jean-Baptiste Chassignet, Baudelaire, Lautréamont, Francis Carco o Robert de La Vaissière resucitaran, creo que también amarían profundamente este filme tan puro, tan doloroso.

Mientras veía esta película, pensé en ese poema de Alfred Hayes en el que, al descender por la escalinata de Notre-Dame, menciona a un poeta de la Edad Media cuyo nombre no recuerdo ahora mismo, lo siento.

Espero que todo el mundo tenga la oportunidad de ver *An Elephant Sitting Still*.»

– PIERRE RISSIENT
ENERO 2018

AN
ELEPHANT
SITTING
STILL

UN CUENTO DE HU BO

[Traducido del francés por Vanesa García Cazorla]

La primera vez que oí hablar de esta historia fue en casa de Li Kai. Me contó que, en el zoo de la ciudad de Hualien¹, había un elefante «que se pasa todo el santo día sentado, joder. Puede que se deba a que lo maltratan sin cesar con picas o simplemente a que le gusta estar sentado. Todo el mundo va a verlo y le lanza comida agarrándose a los barrotes de la jaula, pero él pasa olímpicamente». Estas fueron sus palabras entonces, hace ya un año. Asimismo, me confió que siempre había querido ir a ver dicho elefante. Antes de ayer, Li Kai se subió al tejado de su edificio y saltó porque su mujer era una casquivana. Pero yo sé que Li Kai no se preocupaba tanto por su mujer. Li Kai había regresado a su casa cuando tenía que irse, en realidad, de viaje de negocios, pues se había percatado de que se había confundido de zapatos. Los que calzaba estaban desaparecidos. A fuerza de tomar somníferos, el cerebro ya no le funcionaba. Había cambiado sus billetes de tren y había vuelto a su casa. Debí de encontrarse la puerta cerrada desde dentro, pues con sus llaves no pudo abrirla del todo. Al entrar en el apartamento, se dio cuenta de

¹ HUALIEN ES UNA CIUDAD SITUADA EN TAIWÁN. EL COMIENZO DE ESTA HISTORIA SE DESARROLLA EN LA REPÚBLICA POPULAR DE CHINA. [NOTA DE JUDITH PERNIN, TRADUCTORA DEL RELATO DEL CHINO AL FRANCÉS.]

su mujer llevaba el traje descolocado.

—Estoy buscando mis zapatos —dijo Li Kai.

—Están todos en el zapatero —le contestó ella.

Li Kai fue a rebuscar en el mueble y al final dio con un par idéntico.

Se dirigía hacia la puerta para irse cuando se fijó en que su mujer mostraba la marca de un mordisco en la boca. No tomaba tantos somníferos como para que le pasara inadvertida aquella huella.

—¿Hay alguien más en casa? —le preguntó a su esposa.

—En absoluto. ¿Cómo es que has vuelto?

—Pues para buscar unas cosas.

—Entonces, ¿te quedas?

—¿Cómo?

—Que si te quedas en casa.

Su mujer parecía tener prisa.

Li Kai primero echó un vistazo al baño, luego al dormitorio y hurgó concienzudamente en el armario de la ropa. No sé cómo finalmente lo comprendió, pero, en cualquier caso, abrió la puerta de la lavadora.

Esta era de un tamaño considerable, pues, una vez a la semana, su mujer lavaba todas las sábanas. La abrió y era yo quien estaba sentado en el interior. Me dijo:

—¿Es tuyo este par de zapatos?

—Sí —le respondí.

La lavadora estaba en el balcón y yo me preguntaba cómo saldría de allí. No sabía realmente cómo escaparme. Pero ya había sacado el cuello y mi cabeza sobresalía de la puerta.

Lo vi. Li Kai abrió la ventana y saltó. No oí el menor ruido. La mujer de Li Kai se precipitó hacia la ventana y miró hacia abajo. Acto seguido, me marché. Eso sí, cogí el par de zapatos que anteriormente me había olvidado en casa de Li Kai. Su mujer me había regalado un par la vez anterior y yo había dejado el mío en su casa. Durante dos días, los titulares de los periódicos decían: «Amargado y cornudo, se suicida un oficinista». La gente que comentaba la noticia se clasificaba en dos categorías: los que calumniaban a su mujer y los que me calumniaban a mí. En mi opinión, el error de esta historia fue que, en primer lugar, Li Kai ni mucho menos amaba a su mujer. Por lo demás, yo tampoco. Si había buscado a la mujer de Li Kai era solamente porque la mujer a la que quería me había rechazado. En la universidad nos llevábamos bien.

A continuación, la mujer que me interesaba se marchó a Taipéi. La seguí.

Siempre estaba ocupadísima, siempre quería hacer montones de cosas. Yo estaba ocioso y no tenía ganas de nada. Cuando estaba

sin dinero, participaba en reuniones de escritura y de desarrollo de guion a las que asistía mucha gente como yo. Nos sentábamos y echábamos una mano en los proyectos proponiendo ideas, hablando a tontas y a locas, y, después, cada cual recibía algo de dinero. Yo ni siquiera había escrito una sola palabra, solo hablaba, así que realmente no ganaba mucho. Entre mis allegados, eran tres los que podían llevarme a este tipo de reuniones. Uno hacía teatro y estaba casado; otro era un compañero de la universidad que había rodado una película que había tenido una buena acogida. Y estaba también mi ex, que era guionista. Bastaba que le dijera a una de dichas personas que andaba sin blanca para que me invitaran a estas reuniones, sin que por ello me pasaran sus contactos profesionales. Únicamente me ayudaban porque temían que acabara muriéndome de hambre. A pesar de todo, nunca me habría imaginado que Li Kai, que había cambiado, terminaría así sus días. Una vez fui a montar en moto al lago Qinghai con mi compañero de clase cineasta. Un coche había sobrepasado la línea central y me vi en un aprieto. Mi moto volcó para finalmente aterrizar en una cuneta al borde de un despeñadero. De no haber sido por la cuneta, me habría caído desde una altura de más de 100 metros. Entonces mi amigo se me acercó con gesto preocupado. Yo estaba algo aturdido, pues no sabía si me había despeñado

por la pendiente o si estaba sano y salvo. Fue un buen método para resolver todos mis problemas. De hecho, me sentí muy afortunado. Fue también gracias al accidente como mi amigo me introdujo en un prestigioso taller de escritura de guiones y como gané el dinero suficiente para marcharme a Taipéi.

Una vez en Taipéi, fui a comprarme una tarjeta de teléfono a Chunghwa Telecom. Había tres ventanillas en el establecimiento. En la primera, una señora entrada en años tardaba horas en comprar un móvil. En otra, un anciano sentado probablemente desde hacía un buen rato quería cambiar su tarjeta. Éramos unas diez personas esperando en la última ventanilla. Realmente no quería ser como ellos cuando envejeciera. Después de cambiar la tarjeta del móvil, le di un telefonazo.

—Soy yo —le dije.

—¿Has cambiado de número?

Puede que no tuviera ningunas ganas de recibir mi llamada.

—No, estoy en Taipéi.

—¿En serio?

—Estoy en Ximending, en la calle Emei. Acabo de cambiar de tarjeta SIM.

—¿A qué has venido?

—Para viajar un poco y verte.

—¿Estás loco? No tengo tiempo para ocuparme de ti, tengo una agenda apretadísima.

—No pasa nada, picamos algo y ya está.

—No me va bien. Esta noche ya he quedado con una gente. Son escritores, son muy orgullosos. No será muy práctico para que charlemos —me contesta.

—Entonces, vayamos a picar algo a última hora de la noche.

—Bueno... Nos hablamos más tarde.

Colgó.

Fui a comprar un par de zapatos en una zapatería. Cambié los que había cogido en casa de Li Kai y los metí en mi bolso. Puesto que ocupaban casi todo el espacio, acabé sacándolos y tirándolos a la basura. Pero ni por asomo lo hice porque me preocupara el hecho de que Li Kai se los hubiera puesto.

A continuación, me senté a la entrada de un supermercado y me compré una cerveza grande. Había dos taburetes redondos a la puerta, y estaba ocupando ambos yo solo cuando un tipo del sudeste asiático vino a sentarse. Aguardó un instante, pero como yo no levantaba la cerveza del taburete, se marchó. Si hubiera estado en su país, no me habría atrevido a hacer semejante cosa. Esperé desde las cinco de la

tarde hasta las diez de la noche, visitando varias veces en el entre tanto los servicios de un hotel. Tenía suerte, nadie se había sentado en mis dos taburetes cada vez que me iba del supermercado. Esto fue lo más afortunado que me sucedió ese año. Pasadas las diez, la telefoneé.

—Venga, vente a Shilin —me dijo.

Cuando llegué allí me puse en la puerta de un café y esperé media hora hasta que apareció.

Ella, un escritor y otra persona cuya ocupación desconocía estaban despidiéndose en la puerta. Ella era toda sonrisas; el escritor, también, y lo mismo la persona cuya profesión desconocía. Aquel escritor siempre me había parecido insoportable, pero quería mirarla a ella un rato más porque estaba guapísima.

Una vez que se dijeron adiós, me acerqué a ella agitando la mano.

La estaba mirando cuando me dijo:

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Entonces, ¿por qué me miras?

—¿Acaso debería mirar a otra?

—No sé. No me gusta que me miren.

—Bueno, está bien.

Nos adentramos en el corazón del barrio y caminamos un rato antes de meternos en lo que parecía ser un antiguo y célebre restaurante especializado en pato. Era como si no hubiera comido en todo el día. Se tomó la mitad de un muslo de pato, además de una porción de una especie de plato gelatinoso. Yo no pude tomar nada.

—¿Para qué has venido a verme? —me dijo enjugándose la boca.

—Para pasar tiempo contigo.

—Así que, ¿has venido para eso nada más?

—No tengo nada que hacer. Estaría bien si me quedara en tu casa.

—Imposible, no estamos juntos. Es inútil que hayas hecho un viaje tan largo para verme.

—Entonces, ¿quién es tu novio?

—Tú desde luego que no, en cualquier caso. No sabes quién soy y yo tampoco te entiendo.

—Parece complicada la cosa.

—Sí, porque los cínicos como tú incomodan a todo el mundo. No me siento bien contigo.

—Hace dos días me acosté con la mujer de un amigo. Este se dio cuenta y se tiró por la ventana. He venido a Taipéi para olvidar esta historia.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Porque no querías verme.

—Pues bien, ahora que sé todo esto, se me están quitando aún más las ganas.

—Ya da lo mismo que lo sepas o no. De todos modos, cada vez será más difícil que nos veamos.

Sus cejas temblaban imperceptiblemente. Yo la escrutaba minuciosamente. Siempre había querido encontrarle un defecto físico que me liberara de aquella sombra.

Apenas quinientos metros más allá del restaurante, nos encontramos en la ribera del río y nos pusimos a buscar un lugar donde sentarnos. No podíamos ir a ningún bar porque ella bebía a traguitos, algo que era irritante.

Le pregunté:

—¿Qué ha dicho el escritor?

—No está contento con su guion. Quiere retocarlo él mismo.

—Lo que pasa es que los escritores no saben escribir guiones. ¿Se lo has dicho?

—No se lo puedo decir así.

—Claro que puedes. Solo tienes que decirle: puedes hacer una chapuza de guion, pero escribir lo que se llama un guion, no.

—¿Crees que esa es la manera de convencer a alguien?

—Siempre es así. Yo me he dedicado al desarrollo de proyectos. Cuando te vienen los autores del texto original, nunca están satisfechos con las adaptaciones. Lo que yo les digo es esto: podéis escribirlo vosotros mismos, pero en un mes, cuando nos entreguéis una mierda, nadie aquí la leerá y todos os dirán que está genial.

—¿No te da miedo que el proyecto se vaya a la mierda?

—El tipo ya ha firmado un contrato. Si lo anula, no tendrá dinero para continuar y, de todos modos, al firmarlo ha renunciado a sus derechos de autor.

—Yo no me atrevo a decir nada.

—Ah, ¿no? Conmigo no tienes ese problema.

—Porque no paras de molestarme todo el rato.

—Al principio no era así.

—Sí, al principio no era así, pero después de un tiempo, me he dado cuenta de que aquello no me convenía. No estoy cómoda.

—Ya lo has dicho. No estás cómoda. Pero no creo que podamos estar cómodos todo el tiempo.

—Puede que así sea para ti. Con la persona a quien quiero estoy a gusto.

—¿Desde cuándo os conocéis?

—Seis meses.

—Entonces, ¿cómo os va?

—Nos llevamos muy bien.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Es amable y muy considerado. Estoy contenta cuando nos vemos.

—Entonces, ¿cómo es que en seis meses nunca me has hablado de él? No soltó prenda. Yo sentía el olor agrio del río, pero tal vez se tratara de otra cosa. Alcé la cabeza y vi a dos hombres del sudeste asiático caminando hacia nosotros. Ella se apoyó suavemente en mí. La atraje hacia mí y ella no me rechazó. En el pasado también la había estrechado en casa y ella no me lo había impedido. Mucho antes era así como había surgido el tema. Siempre era así.

Cuando los tipos del sudeste asiático hubieron pasado por delante de nosotros, ella se quitó de encima mi mano y se sentó de perfil.

—¿Todo este tiempo has estado en Taipéi? —le pregunté.

—Pues sí, aunque no tenga que trabajar, volveré aquí.

—Ven, te llevaré a Hualien para ver una cosa.

—No.

—¿Sin ni siquiera saber lo que te voy a enseñar? Bueno, puesto que eres así, te lo voy a contar. Es lo más gracioso que he oído jamás. En Hualien hay un elefante sentado en el zoo. Se pasa el día entero sentado.

—¿Y eso es gracioso? —parpadeó mientras me miraba.

—Fue mi amigo, el que se tiró por la ventana hace dos días, quien me habló de ello el año pasado. ¿Ves? Acabo de contártelo. No consigo saber por qué. ¿En serio que no quieres venir?

—No quiero ir a ninguna parte contigo.

—Entonces, ¿qué haces aquí sentada ahora mismo? —le solté casi sin pensar.

—Muy bien, me voy.

Se levantó. Le tiré del brazo y se sentó. Qué aburrimiento.

—Vete —le dije.

Se levantó, pero yo no me moví un ápice. Mirándome, me dijo:

—¿No te vuelves conmigo?

—¿Por qué?

—No me apetece que te quedes aquí solo.

—Me da igual lo que te apetezca o no.

Me fulminó con la mirada, se levantó y se marchó.

Quise quedarme un rato a orillas del río, pero como, a pesar de todo, me preocupaba por ella, la seguí a unos doscientos metros de distancia. En realidad, ella no vivía muy lejos de allí. En el camino consultó el mapa en su teléfono móvil dos veces, a tan solo unos cientos de metros de distancia. Una vez que llegó a su hotel, vi que entraba en

este y me marché.

Hacia la medianoche encontré una habitación enfrente del aeropuerto cuyas ventanas de doble cristal me permitían ver despegar y aterrizar los aviones sin oír el menor ruido. Durante el día, aquella habitación era de lo más siniestra. Como estaba lejos del centro de la ciudad, no había gran cosa que hacer aparte de sentarse en una silla. Durante aquellos dos días, cada mañana me levantaba, a mediodía bajaba a la calle para comerme un bento y por la noche me compraba una botella de alcohol, me sentaba en la silla y miraba el aeropuerto. Después de dos noches de hotel, hice la maleta y a la tercera mañana me marché a Hualien. Se tarda tres horas en hacer los 120 kilómetros de distancia. Hualien es una prefectura y sus mercados nocturnos están por completo orientados al turismo. La carne de cerdo asado es la especialidad más célebre y, a pesar de su sabor, que recuerda al del papel de estraza, todo el mundo se deleita comiéndola. Algunos turistas incluso recorren 2000 kilómetros por el privilegio de comprar un trozo de papel de estraza. En cuanto se lo han comido, comparten la buena noticia con su grupo de amigos en las redes sociales diciendo: «Esta es la carne de cerdo de la montaña Ali». Deambulé por aquella prefectura durante dos días enteros, con un calor tórrido capaz de hacer que todas las preocupaciones se evaporaran. Aparte

de pasar tiempo en los mercados nocturnos, me alojaba en casa de un lugareño, un hombre de mediana edad con el pelo teñido de un color claro. Esa mañana, cuando salí, el tipo estaba en la puerta de la entrada.

—¿En qué trabaja usted? —me preguntó.

—Hago soldaduras eléctricas.

—¿Soldaduras eléctricas?

—Sí, sueldo objetos metálicos.

No estaba mintiendo. Mi padre se dedicaba un poco a esto y yo también. Unos años atrás estuve un tiempo soldando puertas de tiendas.

—Ah, está muy bien —dijo.

No veía muy bien por qué lo decía.

—¿Y usted? —le pregunté.

—Soy vagabundo.

—¿Un vagabundo que posee un apartamento así?

—Cuando era joven, me fui a recorrer mundo, pero con los años me he instalado aquí. Es un lugar muy tranquilo.

—Es cierto, es muy tranquilo.

—Ahora, principalmente me dedico a la escultura de madera. No hay ninguna en su habitación, pero la mesa del salón y todo lo que hay en los pasillos lo he hecho yo.

—Impresionante.

—¿Es parecido a la soldadura eléctrica?

—No, hacemos puertas de metal, paneles de señalización.

—Haciendo esculturas puedes realmente dialogar con la madera y calmar tus pensamientos. Me gusta la madera, estoy cómodo con este material.

Al oír la palabra «cómodo», me dio un vuelco el corazón.

—Me duele un poco la cabeza. ¿Sabe dónde puedo encontrar una farmacia?

El tipo se quedó un tanto desconcertado. Puede que los turistas que iban a su casa lo escucharan hablar durante horas, interesados hasta el punto de ir al salón para charlar mientras acariciaban la mesa de madera. Quizá los turistas se imaginaban que también ellos estaban hablando con la madera y que eso los apaciguaba. La casa estaba abarrotada de toda suerte de parafernalia estúpida: una guitarra, bibliotecas llenas de libros, un televisor, papeleras y, en mi habitación, incluso un aparato de aire acondicionado.

Contacté con dos agencias de viaje. Al día siguiente por la mañana, esperé al conductor en el umbral de la puerta. Me dolía la tripa. Esperé media hora y luego me fui al cibercafé de enfrente para ir al baño. En plena faena, el conductor me llamó pidiéndome que me

diera prisa y le respondí que acudiría enseguida. A continuación, salí del cuarto de baño y me puse detrás de un jugador de videojuegos. Vi el final de su partida antes de montarme en el coche. El conductor estuvo de morros durante todo el trayecto. La primera visita consistía en admirar la montaña más alta del lugar, tomando un pedregoso sendero que serpenteaba a orillas del río. Caminar en chancas por aquel camino era un verdadero calvario. Era una distancia de varios kilómetros: en lo alto, la cima del despeñadero; abajo, el río de barro blanco. Al final del camino, se me habían hinchado los pies y estaba empapado de sudor. Me senté sobre una roca grande y miré una señal enganchada a una puerta metálica que decía: «Zona prohibida al público».

Al cabo de unos minutos, una mujer se dirigió hacia la puerta, la abrió, entró e intentó cerrar la puerta tras de sí. El batiente de la puerta y la cerradura no encajaban, y la puerta era pesada. Típico problema de soldadura. Hizo varios intentos durante unos diez minutos, y a mí realmente no me apetecía ayudarla, por más que supiera que el problema estaba en que una piedra había torcido la puerta de hierro. Dos hombres de mediana edad llegaron risueños: «Venimos a ayudarla». Con aire alegre, juntos levantaron la puerta y ajustaron la cerradura. Ahora eran tres los que estaban pletóricos.

La mujer cerró el pestillo de la puerta y prosiguió su camino sobre la pista, que no estaba reparada. Los dos hombres de mediana edad se lanzaron una mirada. Su buen humor persistió.

Empecé de nuevo a caminar por el camino de vuelta. Desde la carretera, vi un pájaro muerto en la orilla del río. El año anterior había criado un perro de la raza Shiba Inu, pero el dueño me había vendido un perro enfermo. Había cogido moquillo además de un parvovirus canino y todos los días escupía un montón de gusanos. Me ocupé del perro quince días. Todas las noches tenía que levantarme para darle los medicamentos y ponerle una inyección. Una mañana profirió un ladrido quejumbroso, pero yo estaba muerto de sueño y le di unos cincuenta pinchazos. A mediodía fui a echarle un ojo. Tenía las cuatro patas tías y la lengua fuera. Creo que los gusanos de su cuerpo seguían vivos.

Al día siguiente, hice la otra visita guiada. Había que subir una colina envuelta en un velo de nubes y de bruma. Se veía también una enorme pradera con flores de lis amarillas y también una aldea que parecía Suiza, pero, total, ¿para qué?

El coche que nos llevaba pertenecía a una agencia de viajes diferente que se ocupaba de otro itinerario. Los cuatro pasajeros del coche

sabían hablar taiwanés², lengua que hablaban entre ellos.

Al cabo de un rato, yo ya no podía más:

—¿Acaso estáis obligados a hablar en taiwanés? Soy el único que no entiende nada en este coche, ¿se puede saber qué coño estáis diciendo?

—¡Eh, vigile su lenguaje!

—¡¿Cómo que vigile mi lenguaje?!

—Es usted un grosero.

—Entonces, ¡dejad de hablar en taiwanés de una vez!

Tras esto nadie lo habló. El tipo acaso podría haberme echado del coche, pero ya era cuarentón y, más que nada, habría sido incapaz de pegar a un treintañero como yo. Así que yo no estaba preocupado para nada. Había conseguido dar una caña terrible a todos

² EL TAIWANÉS, TAMBIÉN LLAMADO LENGUA *MINNAN* O *HOKKIEN*, DESIGNA UNA LENGUA DE LA PROVINCIA DE FUJIAN QUE, A LO LARGO DE LOS SIGLOS, LAS POBLACIONES CHINAS PROCEDENTES DEL CONTINENTE LLEVARON HASTA TAIWÁN. LENGUA CORRIENTE PARA UNA GRAN PARTE DE LOS TAIWANESES, CONSTITUYE UNA DE SUS MARCAS DE IDENTIDAD, A DIFERENCIA DEL MANDARÍN, LENGUA OFICIAL POLÍTICA TANTO EN LA REPÚBLICA POPULAR DE CHINA COMO EN TAIWÁN, QUE PUEDE ASIMISMO DENOTAR CIERTA FORMA DE CONTROL Y OPRESIÓN DE LAS CULTURAS DE LA CHINA MERIDIONAL POR PARTE DEL NORTE. [N. DE JUDITH PERNIN.]

los pasajeros del coche.

Al bajar la montaña, pasamos delante de unos pastos. Quise ir a beber leche, pero vi que había un avestruz en mitad del rebaño. Erguido, inmóvil en el centro del campo, me observaba. Aquello me entristeció tanto que tuve que agarrarme al cercado de madera. Miré fijamente al avestruz y, poco a poco, al rato fui recobrando mi buen humor al acordarme de que había conseguido quitarles cualquier esperanza a los pasajeros del coche. Cuando volví a este, el conductor estaba charlando en taiwanés con otro conductor de turismo. Le lancé una mirada. Dejé de hablar. Pasé delante de él diciendo: «Dame fuego». Sacó un mechero y me lo tendió.

Mantuve la mirada fija en él para ver si seguía hablando en taiwanés, di una calada al cigarrillo y me volví a montar en el coche.

El conductor podía dejarnos en diferentes lugares, por ejemplo, nuestros respectivos hoteles, una librería o incluso un restaurante. Así que le pedí que me condujera hasta el zoo. Ya eran las cuatro y media, y me dijo que el zoo cerraría a las cinco y media. Le dije me dejara allí y nada más.

El conductor se detuvo delante del zoo. Antes de despedirnos, se deshizo en sonrisas con un gesto casi suplicante. Un poco como

la chica a la que yo perseguía. Al final, ella casi me suplicaba. Me metí en el zoo. Era muy pequeño, con planos e itinerarios en cada sección del camino que me indicaban fácilmente lo que había ido a buscar: el elefante. Los visitantes eran escasos, acaso porque el zoo estaba a punto de cerrar.

Cuando pasé delante de él, el elefante estaba sentado en el suelo en el centro de un círculo de estiércol y, más allá, había hierba, cuya utilidad se me escapaba. También había varios tocones de árboles, inútiles, estúpidos. Alrededor estaba el cercado circular, con otros dos elefantes que se preparaban para entrar en la carpa.

Me encontraba a unos cuarenta o cincuenta metros de él y seguía sin saber lo que el elefante estaba mirando. Puede que ni siquiera viera nada. Se quedaba sentado, sin moverse, y daba la impresión de que algo extraño estaba ocurriendo. La verja medía dos metros de altura. A unos veinte o treinta metros de esta, veía unos trozos de zanahoria, de manzana y lo que quedaba de una hamburguesa medio comida, entre otras cosas.

Trepé por la verja con gran esfuerzo. Era ridículo, cuando tenía ocho o nueve años, conseguía saltar tapias de dos metros. Cuando salté al otro lado del vallado, los demás elefantes me miraron sin reaccionar. Me dirigí hacia el que estaba sentado. Detrás de mí

alguien gritó algo que no comprendí. Tenía que saber por qué el elefante se sentaba siempre en ese lugar: tal vez esta fuera una de las grandes cuestiones de mi existencia.

Cuando me acerqué a él, vi que tenía una pata trasera rota. Parecía pesar al menos cinco toneladas y era impresionante que pudiera mantenerse estable en esa posición de estar sentado. Casi me reí, pero si he de ser sincero, quería rodearlo con mis brazos y llorar a lágrima viva. Solo que me dio un latigazo con la trompa. Realmente tenía mucha fuerza. Luego, adelantó su pata hacia mi pecho. Cuando los empleados del zoo se acercaron corriendo, yo todavía podía ver sus bocas dando forma a insultos incomprensibles.

«Al igual que Hu Bo, *AN ELEPHANT SITTING STILL* es un meteoro cargado de amor y de sufrimiento que ha atravesado la noche del cine para desaparecer enseguida. Esta película expresa con enorme justeza la angustia que amenaza a la mayoría de los chinos, en el momento en que el país entra en un nuevo sistema centralista en el que se multiplican las pequeñas traiciones y las animadversiones entre las personas.»

– WANG BING





ALGUNOS CREEN QUE SU OBRA TIENE UNA VISIÓN MUY NEGRA DEL MUNDO, LLENA DE TRISTEZA Y DESESPERACIÓN. ¿QUÉ LE PARECE A USTED ESTO?

Si admitimos mirarnos con un poco de perspectiva a nosotros mismos, aunque solo fuera un par de segundos al día, nos daríamos cuenta enseguida de que estamos acostumbrados a ver la vida de color de rosa. Nos pasamos todo nuestro tiempo colgando tuits, adhiriéndonos a las tendencias, acumulando cientos de fotos en nuestro teléfono a la espera de podérselas enseñar a los demás... No estoy juzgando estos comportamientos. Sin embargo, creo que las cosas más preciosas yacen en los intersticios del mundo, y lo digo sin pesimismo. Si comprendemos esto, podemos maravillarnos ante las cosas más pequeñas.

¿TIENE INTENCIÓN DE ADAPTAR SUS CUENTOS AL CINE?

No por el momento. Su tuviera que hacerlo, espero que dicha adaptación se convirtiera en una cinta sobre «la juventud». El libro trata más concretamente sobre la condición de una mayoría de jóvenes estudiantes en China. El término *juventud* es demasiado vago y enmascara una realidad más oscura. Los adultos están categorizados en función de su posición social: se habla de ejecutivos, de la clase obrera, de patronos o de accionistas, por ejemplo. Los años de la adolescencia están subsumidos en el término colectivo general de *juventud*. Sin embargo, la masa de adolescentes chinos que se pasan todo el santo día apoltronados en sus dormitorios de estudiante jugando a videojuegos, sin preocuparse por su futuro, acudiendo a citas sin interés, no saben lo que es la juventud. Tienen que afrontar cosas muy complejas para su edad. Por ejemplo, no tienen ningún interés en las cosas materiales, y los mayores entre ellos se pasan el día criticándolo todo. Mientras que no hace mucho tiempo no sabíamos lo que era la distinción de clases, hoy los jóvenes comienzan sus estudios con un enorme peso en la conciencia. El vacío al que se ven confrontados no debe distar mucho de lo que atenaza a un soldado moribundo en el campo de batalla. Espero que la mayoría de ellos no sacrifiquen sus vidas.

¿CUÁL ES SU CUENTO FAVORITO?

An Elephant sitting still. Es el último relato que escribí, el pasado mes de septiembre. Cuando lo terminé, tuve la impresión de haber superado una etapa

en mi trabajo. Para mí tiene un sentido particular: me ha empujado a superar mis límites para escribir mejor las historias de los demás.

SI SALIERA DE GIRA CON EL LIBRO, ¿SE QUEDARÍA PARALIZADO ANTE SUS LECTORES? ¿TIENE DIFICULTADES PARA EXPRESARSE EN LA VIDA?

No creo que viniera mucha gente, así que no me quedaría paralizado. Aunque no estoy seguro. Delante de una multitud me pongo nervioso, pero no cuando estoy en un plató de rodaje, porque ahí la agenda de lo que hay que hacer es muy precisa. No tengo ni idea de lo que debo hacer o decir en una gira. Con todo, no creo que tenga verdaderos problemas de comunicación. Suele ser el equipo de rodaje el que se queda paralizado de un modo extraño después de haberles hablado. Son más bien ellos quienes tienen problemas de comunicación...

– 28 DE DICIEMBRE DE 2016



«Una película extraordinaria.»

– GUS VAN SANT



大象席地而坐